

CAPÍTULO III

La Historia como disciplina del conocimiento

Uno de los principales argumentos que se esgrimen para negarle el carácter de ciencia a la Historia - y por extensión a las disciplinas relacionadas con el estudio de las sociedades humanas, como la Antropología, Economía, Sociología, etc.- es su imposibilidad de formular leyes, en contraste con las ciencias naturales.

Sin embargo, las recientes investigaciones epistemológicas han demostrado que ni siquiera las ciencias llamadas exactas están en condiciones de establecer leyes ciento por ciento seguras. Por eso actualmente se prefiere hablar de carácter hipotéticos de las mismas o de leyes con un alto margen de probabilidad para el conjunto de los fenómenos, aunque de limitada aplicación a los hechos particulares. De ahí la crisis de las leyes mendelianas sobre genética y de otras teorías sobre la física, como aquellas que conociendo la velocidad de un electrón no pueden precisar su ubicación en un instante dado, por la indeterminación e impredecibilidad de los procesos. Muchas de las virtudes que se le atribuían a las ciencias están cuestionadas; formaron parte de una ideología impuesta por la clase dominante con la finalidad de convencer de que todos los problemas de la sociedad capitalista iban a ser resueltos con el “progreso científico”. La falencia de esta argumentación es tan manifiesta que hoy existe en el mundo más cesantía, hambre, miseria y alienación humana que cuando se inició este siglo preñado de la idea de progreso.

Las investigaciones “científicas” está cada día más al servicio de una economía de guerra que amenaza con extenderse alas galaxias, llegándose a crear “departamentos de marketing para comercializar hasta los más peligrosos ensayos (...) la conquista del espacio exterior, considerada como uno de los ‘monumentos’ de la ciencia actual, en la cual participan los más valiosos grupos de científicos, muestra hasta qué unto se ha ‘militarizado’ la investigación científica.”¹

Las ciencias llamadas exactas han logrado notables avances, pero sus análisis tan particulares han reforzado la tendencia al parcelamiento de la realidad. El proceso de proliferación de ciencias superespecializadas es relativamente reciente; para ser más precisos data de fines del siglo pasado. Los griegos tenían una concepción global para el estudio de la realidad; los presocráticos, como Anaximandro y anaxágoras, explicaban la totalidad a través de las fuentes energéticas, como la luz solar, el agua y otros elementos de la naturaleza. Platón, Aristóteles y, más tarde, Galeno “consideraban el universo como un organismo, es decir, un sistema armonioso y regulado a la vez según las leyes y los fines”.

“Ellos mismos se concebían como una parte organizada del universo, una especie de célula del universo-organismo”.²

A pesar de la contracorriente religiosa y el oscurantismo medieval, surgieron en la Baja Edad Media investigadores de la talla de un Roger Bacon. El renacimiento italiano gestó al hombre más integral y de pensamiento más totalizador que se haya dado en la historia de la humanidad: Leonardo da Vinci, artista, matemático, artesano, inventor, dibujante, pintor, escultor y un sinfín de actividades, como expresión de un genio que procuró por todos los medios captar la globalidad del mundo de su época.

Todavía en el siglo XVII se trataba de abarcar el máximo del campo de la ciencia conocida. Newton fue matemático, astrónomo, óptico, mecánico y químico, como muchos científicos de su tiempo. “A consecuencia de esta universalidad- dice John Bernal- los científicos o ‘virtuosi’ del siglo XVII pudieron dar la imagen más unitaria de la ciencia que la que sería posible en épocas posteriores.”³

El sistema capitalista, urgido de descubrimientos científicos para lograr un rápido despegue, estimuló la proliferación de especialidades como la química para la industria textil, la física y la ingeniería mecánica para el avance industrial. La ciencia aplicada databa de muchos siglos, pero logró un auge notable en el siglo XIX con la invención del teléfono, la electricidad,

el ferrocarril y el barco a vapor. Desde el momento en que la ciencia comenzó a ser el motor principal de los avances técnicos se fragmentó en tantas especialidades como requería el proceso productivo. Esa es la época en que la ciencia se institucionaliza, entra por la puerta ancha de la universidad y adquiere rango académico bajo el postulado de “ciencia pura”: “La ciencia no consiguió transformar tanto a las universidades como éstas la transformaron a ella. El científico fue menos un iconoclasta visionario que un sabio transmisor de una gran tradición (...): La ciencia académica de la época dependía en último término de sus éxitos en la industria”.⁴ Esta dependencia se ha acentuado en el presente siglo. El Estado y las empresas monopólicas financian las principales investigaciones, cuyos fines no son precisamente académicos. En síntesis, mientras más se desarrolla la sociedad industrial, más especialidades científicas alienta, reforzando la tendencia al parcelamiento de la realidad.

La ciencia es, pues, producto de su tiempo y del régimen de dominación político que impone una determinada división del trabajo, hecho que obliga a las epistemologías a replantearse constantemente sus fundamentos. Cuestionar la ciencia -cada vez más institucionalizada- no significa de ningún modo negar la necesidad de producir conocimientos verificables y, sobre todo, socializarlos para evitar el monopolio del saber de quienes hacen uso y abuso del conocimiento.

Rigoberto Lanz anota que “ la ciencia -hasta donde puede hablarse de ella en singular- solo existe como continuidad dialéctica del saber. No hay ninguna fuerza inmanente (intemporal) que funde un estatuto independiente para el devenir del saber (...). resulta incorrecto referirse a *la* epistemología en singular. Esto es: no existe *una* epistemología situada por encima de los modelos de análisis específicos que configuran hoy el conjunto del pensamiento humano. Existe en todo caso un cuadro de epistemologías referidas directamente a las matrices teóricas (marxismo, positivismo lógico, etc.). Perteneciente a la vieja tradición academicista la creencia en una epistemología ‘científica’, es decir, colocada objetivamente al margen de las disputas teóricas. Tal creencia proviene por lo general de un supuesto anterior: la ciencia es una entidad suprahistórica y extraideológica que adquiere su propia dimensión en el ámbito del saber genérico”.⁵

El problema, entonces, es discutir no sobre la definición de ciencia en general, sino acerca de la naturaleza de cada disciplina del saber. No existe una ciencia sino varias, y cada una de ellas con una epistemología, métodos y técnicas distintas. La Historia emplea una teoría y una lógica distintas de las de las ciencias naturales porque tiene que analizar contenidos diferentes - sociedades en permanente cambio- y, por lo tanto, laborar con una epistemología distinta.

Al terrorismo ideológico-cientificista, ejercido por quienes cada día se parecen más a tecnólogos que a investigadores integrales pretendiendo erigirse en jueces de lo que es y no es ciencia, hay que responderle no con la conciliación epistemológica ni con la adopción ambigua de sus técnicas para justificarse como científicos, sino con investigaciones probadas en la realidad y con una producción de conocimientos menos ideologizadas.

Por lo demás, no existe una ciencia social de carácter universal ya que -como hemos dicho- sus conceptos y categorías han sido elaborados en función de las necesidades de la sociedad europea y norteamericana, ignorando a más de las tres cuartas partes de la humanidad. El paradigma de estas ciencias sociales eurocéntricas es lamentablemente tomado como modelo por los investigadores del llamado “tercer mundo”: “las ciencias sociales de los países dependientes -afirmaba Antonio Carcía- no constituyen un cuerpo autónomo sino un simple trasplante de piezas integradas a la cultura y al sistema de valores de la nación metropolitana. La Economía, la Sociología, la Antropología y la Teoría Política se exportan desde el centro a los países de la periferia del sistema, en procura de su identificación ideológica con la nación y las clases en el que ejercen la hegemonía, en el nivel del sistema o en el de los países dependientes. Estos constituyen los sutiles engranajes de una alineación que se produce a través de la Teoría Científica que elaboran, refinan, especializan y arman con un enorme aparato documental, los centros rectores de la nación metropolitana.”⁶

Hay que decirlo de una vez por todas y con todas sus letras: estas ciencias sociales tienen un aparato conceptual inadecuado para el análisis de las formaciones asiáticas, africanas y latinoamericanas. Su eurocentrismo les ha impedido ver las particularidades de estas formaciones sociales y, por ende, conceptualizar a un nivel realmente universal. Un investigador

africano decía: “El dato que informa la teoría social moderna en el momento de su constitución y de su auge no es un dato universal, sino solamente europeo y occidental”.⁷ No por mera ironía preguntaba J. Needham : “¿no es también un bárbaro este europeo?”.⁸ El sueco G Myrdal admite que “la Teoría Económica es en gran medida una racionalización de los intereses que predominan en los países industrializados, en donde ella se inició y fue desarrollada más tarde”.⁹ El francés Jean Cheneaux llegó a reconocer que el conocimiento de otras culturas “permitiría una cimentación realmente universal a cada una de nuestras ciencias humanas, cuyo equipamiento conceptual y cuyos datos básicos no salían hasta ahora, y con muy pocas excepciones, del estudio de Europa occidental”.¹⁰

Era obvio, pero pocos se atrevían a decirlo: el análisis de las clases, del Estado, de los modos de producción, de los partidos políticos y de la vida cultural, hechos por las ciencias sociales de Europa y Estados Unidos, no tiene un carácter universal. Tuvo que estallar la revolución en Europa oriental, China, Vietnam y luego en el propio hemisferio occidental (Cuba y Nicaragua) para que aparecieran en su plena desnudez las supuestas teorías sobre la funcionalidad y el modo de controlar las anomalías.

El deseo de que las disciplinas relacionadas con el estudio de la sociedad fueran consideradas ciencias por el mundo académico condujo a un vasto sector de investigadores sociales a tratar de encontrar leyes que rigieran la vida de las sociedades. Esta posición, planteada por algunos pensadores evolucionistas, fue llevada a su extremo por ciertos dogmáticos, sediciendo marxistas, en la era de Stalin. No obstante las reiteradas autocríticas, todavía persisten autores de tendencia estructuralista que buscan afanosamente las susodichas leyes para legitimar no sólo a las leyes sociales sino también al marxismo, que es algo más que una ciencia.

¿QUE ES LA HISTORIA?

La discusión sobre si la Historia es una ciencia sólo tiene sentido en la medida que sirva para definir su campo epistemológico y poder así mejorar su método de análisis y sus técnicas de investigación.¹¹ Mientras los academicistas siguen discutiendo sobre el *status* científico de la Historia, tratando de legitimar sus investigaciones mediante un sincretismo ecléctico entre teoría y metodología, se ha producido de hecho un notable avance en el conocimiento del pasado. Lo que interesa verdaderamente es la producción de conocimientos¹² con contenidos que contribuyan a explicar el devenir de las sociedades, mediante procedimientos verificables.

Puede haber historiadores que cumplan con los requisitos establecidos por la metodología tradicional, per la ideología que manejan los conduce a encubrir la realidad al servicio de proyectos pasados y presentes de la clase dominante. ¿Acaso no fueron consagradas como verdades para las academias nacionales de la historia las conclusiones de un Barros Arana, un Bartolomé Mitre o un Ricardo Levena? ¿Y descalificadas las obras de un Mariátegui por cuestionar las supuestas verdades de la historiografía oficial?

Por consiguiente, lo que debe preocuparnos no es si una producción histórica es calificada de científica por un autonombrado tribunal del saber, sino si ha sido capaz de explicar, con pruebas los procesos de cambio de la sociedad estudiada, si ha manejado correctamente las fuentes y las ha sometido a la crítica heurística, si ha logrado probar sus hipótesis de trabajo y verificado sus asertos, si ha utilizado adecuadamente el método inductivo-deductivo para la prueba histórica, si ha sacado una correcta inferencia de los procesos trascendiendo la mera anécdota o suma de informaciones, si ha logrado relacionar con precisión los hechos en la búsqueda de una explicación global, si ha efectuado estudios comparativos con procesos similares ocurridos en un país analizado o en otros, si ha hecho una contribución a la comprensión de las tendencias generales de los procesos, si ha logrado en su esfuerzo de síntesis mostrar cómo y por qué acaecieron los fenómenos estudiados, si ha sido consecuente con la teoría o el cuerpo epistemológico escogido y, finalmente, si su trabajo constituye un aporte original al proceso de acumulación de conocimiento.

La Historia, como disciplina, estudia los cambios o metamorfosis de las formaciones sociales en permanente transformación en el espacio y el tiempo. La noción de espacio y tiempo interesa especialmente al historiador en cuanto tiene relación con la sociedad, es decir el espacio social, el territorio ocupado por los pueblos y su relación con la naturaleza. El espacio social no es sólo el territorio nacional sino también el internacional, tanto el mercado local como mundial, especialmente a partir del siglo XVI, en que la historia se fue haciendo universal, y los continentes asiático, africano y americano, cada vez más dependientes de Europa.

Respecto del tiempo, al historiador le interesa el tiempo social, es decir el período histórico de desarrollo de cada sociedad. El tiempo cronológico es continuo, lineal, el tiempo como desarrollo es heterogéneo, discontinuo. “La concepción althusseriana de un ‘único tiempo de referencia continuo’, en realidad conduce a conclusiones falsas porque no establece una distinción clara entre la incuestionable (e indispensable, pensemos en las fechas) existencia de dicho tiempo como terreno de la historia, y su no pertenencia como principio común organizador de las diversas medidas del desarrollo histórico (...). En lo que al materialismo histórico insiste sobre todo es en el carácter internacional de los modos de ‘producción y en la necesidad de integrar los tiempos de cada formación social particular en una historia general mucho más compleja del modo de producción dominante en ellos. Los problemas teóricos y técnicos que implica la reunión de temporalidades históricas diferenciales en un tiempo social único son tremendas.”¹³

Es necesario también considerar otra dimensión del tiempo: la que tiene que ver con la continuidad de una cultura, con la permanencia de ciertas costumbres y creencias, como es el caso de la continuidad milenaria cultural de las etnias indígenas de la zona andina y mesoamericana. Es un tiempo no lineal ni mensurable fácilmente como el de un gobierno.

Otra dimensión del tiempo es la intensidad, según Sergio Bagú: “Lo específicamente humano es que su tiempo también se organiza como multiplicidad cambiante de combinaciones, como velocidad variable de cambios. A esa dimensión del tiempo la llamamos intensidad. La intensidad de lo social consiste en la producción y transmisión de efectos con muy variable dinamismo (...). La riqueza de las combinaciones, la velocidad de los cambios -es decir, el tiempo organizado como intensidad- están tejidos con decisiones, con opciones entre posibilidades.”¹⁴

La historia, como disciplina, no relata el mero suceder de los hechos en el tiempo y en el espacio sino que explica el cómo y el por qué de las transformaciones, sobre todo el salto cualitativo de los cambios, cuya percepción es clave para el oficio del historiador. Analiza tanto las situaciones como el movimiento y la dinámica de las formaciones sociales, explicando cómo los hechos concretos se expresan en tendencias generales de la estructura a largo plazo y en procesos de coyuntura, básicamente en el enfrentamiento de clases, que es donde se condensan todas las manifestaciones contradictorias de las sociedades de clase.

La tarea del historiador no consiste en hacer una “historia de estructuras”, que reemplace a la “historia de acontecimientos” como sentencian Ciro Cardoso y Héctor Pérez Brignoli,¹⁵ sino en explicar la historia de las formaciones sociales, tanto de sus estructuras como de sus manifestaciones individuales, políticas y culturales, puesto que lo singular -el papel del individuo en la historia- refleja los aspectos de las determinaciones generales de la sociedad. Lucien Goldmann apuntaba certeramente: “una historia no podría comprender la estructura social del imperio (napoleónico) si ignorara la intención subjetiva de sus dirigentes de borrar los últimos recuerdos del período jacobino, de restablecer el orden social, la nobleza, la legitimidad (...) hay que tener en cuenta tanto la coherencia humana y la fuerza creadora de los individuos como la relación entre su conciencia individual y la realidad objetiva”.¹⁶ Similar apreciación podríamos hacer en la historia latinoamericana sobre el papel desempeñado por Bolívar, Martí o el Che Guevara.

La historia es, decía Pierre Vilar, “la ciencia del todo social, y no de tal o cual parte, ciencia del fondo de los problemas sociales y no de sus formas, ciencia del tiempo y no del instante”.¹⁷

El hecho histórico no es sólo el acontecimiento político, el dato, la anécdota o los números de una estadística, sino el resultado de un complejo de elementos de carácter social. Por ejemplo, el levantamiento de Túpac Amaru es un hecho histórico, al igual que la

Declaración de Independencia, porque condensan en ese momento procesos contradictorios que se fueron incubando en la sociedad colonial. Pero el hecho histórico no es toda la historia, pues es necesario interrelacionar los hechos para reconstruir la totalidad de la formación social. Engels decía en carta a Bloch: “Hay innumerables fuerzas que se entrecruzan, una serie infinita de paralelogramos de fuerza que dan origen a una resultante: el hecho histórico”.¹⁸ Es imposible hacer Historia si no se conocen esos paralelogramos de fuerza, que están constituidos básicamente por la estructura económico-social, el Estado, la ideología y la cultura. No se trata, entonces, de explicar el hecho en sí, como lo hace el empirismo, sino analizar sus interrelaciones con el conjunto de las manifestaciones societarias.

Al igual que otras disciplinas, la Historia es capaz de dar una explicación genética, que no es mera cronología o enumeración de hechos en secuencia temporal, sino producto de la interrelación de fenómenos que dan lugar a la génesis de un proceso. También aplica, como otras ciencias, el método de abstracción y concretización; es decir, puede mediante la abstracción de los fenómenos de la realidad hacer generalizaciones de procesos e inclusive la regularidad de algunos de ellos, a contracorriente de la opinión de los pepperianos.

Sin teoría y epistemología específica no es posible jerarquizar, ordenar y seleccionar los hechos históricos, que a simple vista aparecen inconexos. Dichos sucesos sólo pueden procesarse adecuadamente si el historiador está premunido de una teoría, evitando en su rechazo al empirismo caer en el formalismo teorizante. Por eso, Henri Pirenne aconsejaba teorizar sobre la base de un conocimiento concreto de la formación social investigadora.

Con este criterio, Marc Bloch y Lucien Febvre fundaron *Annales d' Histoire Economique et Sociale*, reactualizando las críticas a la escuela histórica rankeana que hipervaloraba el hecho político sin buscar una explicación del mismo en la estructura social y económica. Bloch puso de relieve la necesidad de estudiar la tecnología empleada por las diferentes sociedades y, sobre todo, la utilización del método regresivo de análisis, es decir, la reconstrucción del pasado, empezando la investigación por la fase de apogeo de una formación social para poder rastrear su génesis: “Una institución como la servidumbre conviene abordarla primeramente en su momento de plena expansión; si falta esto, nos exponemos a investigar los gérmenes de las cosas que jamás existieron”.¹⁹ El uso de este método nos ha permitido detectar la evolución del capitalismo primario exportador latinoamericano, retrocediendo desde el siglo XIX hasta la Colonia, porque si hubiésemos seguido el camino inverso nos habríamos encontrado con relaciones de producción circunstanciales que nos hubieran impedido comprometer -como le ha pasado a quienes enfatizaron en el carácter feudal- las tendencias principales de ese período de transición que se inaugura por vía exógena con la conquista hispano-lusitana y culmina con la segunda mitad del siglo XIX con el predominio del modo de producción capitalista indicado, siguiendo un proceso de desarrollo diferente al europeo.

La “Historia razonada”, inaugurada por *Annales*, constituyó un paso adelante en el cuestionamiento de la historiografía tradicional, pero su campo epistemológico se ha hecho tan difuso que, en definitiva, refuerza la tendencia a parcelar la globalidad de los procesos históricos, poniendo el acento en aspectos económicos y sociales, escindidos a veces de lo político y de la vida cotidiana, o viceversa, conceptualizando aspectos de ésta que no tienen mayor relación con la totalidad.

A pesar de que los fundadores de *Annales* manifestaron la decisión de descubrir “series, agrupando hechos hasta entonces separados”,²⁰ no lograron generar una teoría global para el estudio de la formación social, ni tampoco una jerarquización de los factores que la componen. Los fenómenos aparecen con la misma importancia en esa “historia viva”, tanto los económicos y sociales como los políticos y culturales, sin un método coherente para interrelacionar esos factores y señalar cuáles son los predominantes y cuáles los condicionantes.

Nadie podría desconocer la importancia de los trabajos publicados en los *Annales* sobre historia rural, urbana, vida cotidiana y sociedad civil, pero detrás de ellos no hay una teoría innovadora para el estudio de la historia. Lo que atrajo a los jóvenes investigadores fue su “crítica de la historia tradicional y caduca, a la herencia fosilizada del historicismo ‘evélnémentielle’, y su actitud, en contrapartida, de abrir puertas y ventanas a la colaboración con otras disciplinas vecinas, para ayudar a una renovación total de los métodos del historiador

(...). Pero los *Annales* no aportaron, al lado de este enriquecimiento metodológico, una renovación teórica similar”.²¹

Esta deficiencia, anotada por un historiador que formó al principio en las filas de dicha escuela, se encuentra de manera ostensible en uno de sus más destacados colaboradores: Fernand Braudel. Su método interdisciplinario, su despliegue de conocimientos para abarcar las diversas manifestaciones societarias deslumbra, pero no se percibe el hilo conductor que interrelaciona los acontecimientos ni las tendencias principales de los procesos, salvo cierto determinismo geográfico. Escribe latamente sobre historia económica, pero por falta de una teoría no alcanza a desentrañar el funcionamiento de las tendencias centrales de la estructura y su relación con lo social y lo político, al poner énfasis en el comercio y las curvas de precios, omitiendo el análisis exhaustivo del proceso productivo y del destino del plusproducto. Neopositivismo y eclecticismo vuelven a darse la mano para mediatizar el análisis dialéctico del curso también dialéctico de la historia.

¿LEYES O TENDENCIAS DE LA HISTORIA?

La imposibilidad de establecer leyes, al estilo de las ciencias naturales, en el desarrollo de las sociedades humanas constituye uno de los principales argumentos para negarle a la Historia el carácter de ciencia, cuestionamiento cada día más endeble a la luz de la actual crisis de la ciencia.

El intento de establecer leyes en la historia, con el fin de legitimar el *status* científico de este quehacer, condujo a varias corrientes epistemológicas a forzar los hechos de la historia en función de esquemas apriorísticos, generalmente de tipo ideologizante. Es conocido el callejón sin salida al que arribó el dogmatismo cuando taxativamente estableció que, por una ley histórica inexorable, todas las sociedades deben pasar por la secuencia comunismo “primitivo”-esclavismo-feudalismo-capitalismo. Refiriéndose a la aplicación de este esquema la Cuba prerrevolucionaria, Manuel Moreno Fraguas anotaba: “El libro de Historia que más se vendió en Cuba -se editaron cerca de un millón de ejemplares- decía cosas como éstas, ya que había que ajustar un esquema marxista a una realidad histórica: la etapa de la comunidad primitiva, ya la tenemos resuelta; son los indios taínos que viven en Cuba. Hay esclavismo: son los esclavos indios y los esclavos negros: Después vendrá el feudalismo, y lo solucionaron de una manera genial: el patronato correspondería a esta etapa, ya que sirve de puente entre la esclavitud y el movimiento asalariado. Entonces hay un feudalismo que comenzó el día 10 de enero de 1883 y terminó el 15 de marzo de 1885. Resuelto el problema. Lógicamente, después vendrá el capitalismo y ya tenemos escrita la historia de Cuba”.²²

La concepción unilineal de la historia, planteada por el positivismo comteano, había sido oportunamente rechazada por Marx : sus estudios sobre el capitalismo no constituían una “teoría histórico-filosófica de la marcha general, impuesta a todos los pueblos”,²³ sino un análisis concreto de una sociedad determinada. Por eso, decía Engels: “es necesario reestudiar toda la historia, deben examinarse en cada caso las condiciones de existencia de las diversas formaciones sociales”,²⁴ concepción compartida por Lenin: “no quedan en manera alguna excluidas, sino que por el contrario, presuponen ciertas etapas peculiares de desarrollo tanto en lo que hace a la forma como al orden de sucesión”.²⁵

Es posible detectar regularidades en los procesos históricos como por ejemplo la lucha de clases, siempre que se haga la salvedad de que comienza con el advenimiento de las sociedades de clases y de que se expresa de manera multiforme en las diferentes formaciones sociales. También puede señalarse que entre uno y otro modo de producción se producen largos períodos de transición. Mediante el método comparativo se pueden descubrir regularidades en los procesos revolucionarios y contrarrevolucionarios, especialmente a partir de la Revolución Francesa y ulteriormente de la Revolución Rusa. Mientras para Hume “una regularidad es una conexión constante (es decir repetible) entre fenómenos (observables o no, eso no importa en esta conexión)”, para Marx “una regularidad es una conexión ‘interna’, es decir, se da entre un fenómeno y su esencia”.²⁶

Nuestra posición crítica a la posibilidad de establecer leyes en la Historia no significa negar la factibilidad de detectar regularidades y tendencias generales en las sociedades, en la economía, en la política e inclusive en la cultura. Esta posibilidad de abstraer tendencias generales es precisamente una de las tareas fundamentales del quehacer de la Historia como disciplina. Las tendencias generales pueden ser tanto de avance como de retroceso, progresivas y regresivas, de ascenso y apogeo como de estancamiento y decadencia. Pueden darse a nivel nacional como internacional.

Las tendencias generales pueden ser detectadas también mediante el estudio de los fenómenos del presente, como lo plantea Schaff: “retrodecir”, así como se puede intentar “predecir”, es un razonamiento “por recurrencia que ocupa un lugar de elección en el arsenal científico que sirve al historiador para formular sus hipótesis sobre los acontecimientos estudiados, a una especie de previsión recurrente proyectada hacia atrás sobre la historia (...). El historiador obtiene gracias a esta retrodicción o previsión proyectada hacia atrás una hipótesis fecunda para su investigación sobre los vestigios materiales de las antiguas culturas”.²⁷

Esta metodología, practicada a veces sin decirlo por todo historiador comprometido con el presente, es producto de un hecho también histórico: cada época se replantea una reinterpretación del pasado a base de las experiencias de la lucha de clases del presente.

Las lecciones que abstrae el historiador de las experiencias de lucha de los pueblos contemporáneos constituyen una herramienta importante para poder comprender la posible dinámica de procesos análogos del pasado.

En determinadas esferas de la sociedad es más factible detectar tendencias generales que en otras, como por ejemplo en economía, donde pueden abstraerse ciertas ondas tendenciales. Los enunciados generales probabilísticos sólo tienen vigencia para períodos concretos en un área específica de la sociedad; no sirven para ser aplicados mecánicamente a todas las sociedades ni a todos los períodos. Siempre hay que tener presente que las tendencias generales no constituyen toda la historia viva de una formación social, sino un intento del investigador por entender los ejes centrales de desarrollo. No son otra cosa -decía G. Childe- que “descripciones abreviadas del modo de realización de los cambios históricos”.²⁸

De este modo se puede ordenar lo que en apariencia se presenta como caótico y puramente azarístico. Significa abstraer de la evolución de las sociedades las tendencias principales, enriqueciendo así la teoría de la historia, sin la cual no puede procesarse adecuadamente lo fáctico.

La posibilidad de descubrir tendencias generales relevantes se da también a través del estudio comparativo entre formaciones sociales, en lo posible de un mismo período histórico, y ulteriormente de analogía con otras fases. Gordon Childe sostiene que los cortes consecutivos o paralelos de distintas sociedades podrían “ser tratados como una prueba o como un ejemplo de la historia generalizada. La comparación de los diversos cortes no permitiría descubrir la existencia de aspectos recurrentes comunes a todos los casos examinados”.²⁹

La historia comparada sirve, pues, para descubrir las tendencias generales de los procesos y, al mismo tiempo, sus especificidades. Los abusos cometidos por Spengler y Toynbee en el empleo de lo comparativo no deben ser motivo para desechar esa herramienta metodológica, que es útil para ubicar las tendencias de avance como las de estancamiento o retroceso, poniendo de manifiesto una de las regularidades más ostensibles de la historia: el desarrollo multilíneal de las sociedades. La Historia Comparada está en condiciones de mostrar que el “progreso” ininterrumpido no es una ley de la historia, como pretendieron los positivistas decimonónicos, ya que algunas sociedades involucionan y otras avanzan o son aplastadas por la violencia de las más agresivas que, a veces, no son necesariamente las más adelantadas, como ocurrió con los pueblos que invadieron el imperio romano. “La posibilidad de concebir teorías comparativas -anotaba Gordon Childe- debería atraer la atención sobre un aspecto significativo de la historia. Si la historia revela permanentemente progreso de la especie humana en conjunto, revela asimismo el estancamiento, la decadencia y la extensión de muchas de las sociedades en que la especie ha estado dividida o aún está dividida”.³⁰

El método comparativo sirve para “superar la historia nacional y explicar el sentido de la evolución”, decía Henri Pirenne. No consiste -alertaba Fustel de Coulanges- en buscar” entre quince pueblos diversos, quince pequeños hechos, que interpretados de cierta manera concurren

a hacer un sistema. El método consiste en estudiar muchos pueblos en sus derechos, en sus ideas, en todos sus hechos sociales, y desglosar aquello que tienen de común y diferente”.³¹ Consciente de los errores cometidos por el eurocentrismo en la ciencias sociales, Wright Mills dijo: “sólo mediante estudios comparativos podemos llegar a conocerla ausencia de ciertas fases históricas en una sociedad, lo cual es muchas veces absolutamente esencial para comprender su forma contemporánea”.³²

El método comparativo aplicado a la historia de los países latinoamericanos nos ha permitido detectar tendencias generales, como el desarrollo desigual, articulado, combinado, específico-diferenciado, multilínea; procesos similares de lucha de clases en sus fases revolucionarias, reformistas y contrarrevolucionarias, con determinados mecanismos de acción y reacción en los momentos de ascenso y retroceso social y político; variados y entremezclados modos de producción, formas parecidas de desarrollo de nuestro particular sistema capitalista y cambios similares en las relaciones de dependencia; procesos de industrialización temprana y tardía y cambios discontinuos de la estructura agraria; procesos parecidos de deterioro ecológico provocados por el tipo de capitalismo primario exportador y desarrollo industrial en función de la formación social capitalista mundial; constantes formas de lucha nacional-antiimperialista y agraria, que tienen la tendencia a transformarse en socialistas; impactos similares provocados por la explosiva relación etnia-clase y la emergencia del protagonismo social de la mujer; contradicciones entre la jerarquía eclesiástica y los cristianos de base y curas de avanzada que aplican la religiosidad popular en la lucha social y política desde fines de la Colonia hasta la actualidad; participación permanente de los militares en la política; crisis periódicas de las superestructuras políticas tradicionales y recambios de carácter militar, populista, socialdemócrata o democratacristiano; regularidades en las transformaciones relativas al Estado, especialmente de sus funciones durante los siglos XIX y XX, regionalismo y tendencia a la regionalización de los conflictos sociales dentro de una constante de lucha por concretar el ideario latinoamericanista de unidad; tendencias que exponemos en detalle en los tomos de nuestra *Historia general de América Latina*.

En síntesis, “distamos mucho de poseer una teoría del proceso histórico”, decía José Luis Romero en uno de sus últimos trabajos. Esa “vida histórica” puede servir de referencia no sólo a la Historia sin “al conjunto de las ciencias antro-po-socio-culturales... Vida histórica no sólo es el pasado sino la vida histórica viviente, que se proyecta en un flujo continuo a lo largo del tiempo aún no transcurrido”.³³ Por eso, insistía Romero, hay que precisar el sujeto histórico, analizar la estructura histórica de cada sociedad y los pueblos que buscan su identidad.

PERIODIZACION DE LA HISTORIA LATINOAMERICANA

Establecer una periodización adecuada es una cuestión clave para la comprensión de la historia, porque condensa los cambios cualitativos experimentados en las formaciones sociales. Ya lo decían Henri Berr y Lucien Febvre: “No hay en el campo de la historia un problema metodológico de mayor importancia que el de la periodización”.³⁴ Es fundamental porque sintetiza las transformaciones significativas que han ocurrido en la historia, trascendiendo la mera secuencia cronológica.

Uno de los problemas epistemológicos más complejos para intentar una periodización es lograr una homogeneidad teórica o un criterio común para todos los períodos, evitando que uno de ellos sea calificado por lo económico y otros por lo político o cultural.

Hemos optado por periodizar según los cambios cualitativos de las formaciones sociales, con sus modos de producción y sus expresiones de dependencia colonial y semicolonial. Estas relaciones de dependencia marcan nuestra historia desde la conquista ibérica hasta la actualidad. Por eso, a partir del siglo XVI la periodización de la historia latinoamericana debe contemplar la

instancia internacional, es decir la formación social capitalista mundial a la que fuimos integrados por el sistema de dominación colonial.

Estimamos que este criterio es más adecuado que la periodización por edades o por sistemas de gobierno utilizada por la historiografía tradicional y más omnicompreensivo de la totalidad social que la división orteguiana de la historia por generaciones y la spengleriana, basada en el nacimiento, apogeo y decadencia de las civilizaciones.

También hemos dejado de lado el término Prehistoria. Para los investigadores que ponen el acento en los hechos de la superestructura política y religiosa, que ven la historia como una sucesión caleidoscópica de ascenso y caída de reinos, de árboles genealógicos y héroes demiúrgicos, la “prehistoria” es una etapa pintoresca pero secundaria en la evolución de la humanidad. La “prehistoria” es presentada como una época escindida del proceso de desarrollo de la humanidad. El prefijo parece haber sido colocado con el fin de sugerir que la “prehistoria” fue una etapa de preparación para la entrada en la historia. En rigor, todo es historia. Cualquier manifestación de la actividad humana, antes o después de la escritura, constituye historia.

En el caso de América latina, es de suma importancia cuestionar el concepto de “prehistoria”, porque se lo ha utilizado con el fin de soslayar la importancia que tuvieron las culturas aborígenes de nuestro continente. Sin el estudio de la *historia* de estas culturas aborígenes sería imposible explicar nuestra evolución, no sólo en la Colonia sino en los siglos XIX y XX. Muchos siglos antes de la conquista hispano-portuguesa las comunidades indígenas habían forjado su propia historia; una historia tan importante que sin su conocimiento es imposible dar una explicación científica de la era colonial. La causa esencial de la rápida y fructuosa colonización fue precisamente el grado de adelanto agrícola, alfarero y minero que habían alcanzado los indígenas americanos. De no haber contado con indios expertos en el trabajo minero resultaría inexplicable el hecho de que los españoles, sin técnicos ni personal especializado, al comienzo de la conquista, hubieran podido descubrir y explotar los yacimientos mineros, obteniendo en pocas décadas una extraordinaria cantidad de metales preciosos para el proceso europeo de acumulación originaria de capital.

Los ecologistas han tratado de superar la clasificación tradicional de la historia, pero han caído en una nueva unilateralidad, al tomar solamente en cuenta el deterioro de los ecosistemas. Algunos, como Saint-Marc, han establecido tres grandes etapas: una, que va desde la revolución agrícola hasta el surgimiento de la manufactura, caracterizada por la supeditación de la economía al ritmo de las leyes naturales; otra, desde la Revolución Industrial, en que la actividad económica escapa a las leyes de la naturaleza; y finalmente, la fase de la naturaleza, que sería la que estamos viviendo, en la cual la escasez y fragilidad del espacio natural se han constituido en el más dramático de los problemas para la supervivencia del hombre.

El marxismo ha superado estas clasificaciones unilaterales y, en muchos casos, sólo basadas en análisis superestructurales, pero no ha logrado aún sistematizar una periodización de la historia universal.

El dogmatismo sedicentemente marxista trató de encasillar la historia en modos sucesivos de producción. El análisis hecho por Marx y Engels, en base a los modos de producción, constituyó una revolución teórica en el campo de las ciencias sociales, pero ellos nunca pretendieron periodizar la historia en etapas que obligadamente debían recorrer todos los pueblos, como la pretendida secuencia comunismo “primitivo”-esclavismo-feudalismo-capitalismo. Al referirse a la deformación del marxismo, Lenin decía que se lo ha mezclado con el hegelianismo en forma arbitraria al pretender que “todo país debe pasar por la fase del capitalismo (...). Ningún marxista ha visto jamás en la teoría de Marx una especie de esquema filosófico-histórico obligatorio para todos”.³⁵

Establecer una periodización para América latina es un problema complejo, ya que los estudios históricos, hasta hace aproximadamente dos décadas, estuvieron signados por una concepción de la historia fáctica, es decir, el relato de batallas, acontecimientos patrióticos, héroes mitologizados al estilo Carlyle, hechos políticos hipertrofiados, nombres de presidentes que se suceden en una visión caleidoscópica sin cualificación; en fin, una historiografía tradicional, que ni siquiera tuvo las virtudes y la rigurosidad de un Ranke o un Mommsen.

El surgimiento de una nueva concepción de la historia en América latina es reciente. Se han hecho algunos avances en el estudio global de la sociedad poniendo más énfasis en los

grandes procesos sociales y económicos. Sin embargo, la mayoría de ellos está impregnada de una concepción “desarrollista”, en la que predomina el afán de obtener de la descripción histórica una justificación para el modelo de industrialización y de la “moderna sociedad” en contraposición a la “sociedad tradicional”, según palabras de Gino Germani.³⁶

Se necesita, por consiguiente, un enfoque totalizante para esbozar una nueva periodización de la historia latinoamericana. El problema es que toda periodización conduce a variadas formas de unilateralidad, máxime si se trata de enfocar globalmente naturaleza y sociedad humana. Toda periodización establece un corte cronológico, dejando la falsa impresión de que pueblos como los indígenas dejaron de existir con la colonización española y portuguesa. La verdad es que las culturas aborígenes no terminan con la conquista española ni durante la represión de la República de los criollos, sino que han sobrevivido en un ecosistema hasta la actualidad.

En un intento de superar la unilateralidad que conlleva en general toda periodización, contemplamos la existencia de las siguientes formaciones sociales en la historia de América latina:

Una primera fase de pueblos cazadores-recolectores, que se remonta a más de cincuenta mil años, en la que es necesario analizar cómo era el medio natural antes de la aparición de los seres humanos en el continente americano para poder entender su condicionamiento ecológico y la forma en que se produjo su adaptación a la naturaleza.

El segundo período se inició aproximadamente unos cinco mil años a.C. con la revolución neolítica de los pueblos agroalfareros y su modo de producción comunal. El tercero es un período de transición entre el modo de producción comunal y las formaciones sociales inca y azteca, proceso que se dio en las regiones mesoamericana y andina desde el primer milenio antes de nuestra era con el surgimiento de las primeras desigualdades sociales. El cuarto se registró también en la zona mesoamericana y andina en las formaciones sociales inca y azteca y su modo de producción comunal-tributario.

El quinto período -la formación social colonial- se inaugura con la colonización hispano-portuguesa, abriendo por vía exógena un período de transición que culminará en el siglo XIX en un tipo particular de capitalismo, que hemos denominado primario-exportador.

El sexto período se inicia con la revolución anticolonial por la independencia y el surgimiento de naciones formalmente independientes en lo político, pero descendientes del mercado mundial (1804 - 1860), con excepción de Cuba, Puerto Rico y otras islas del Caribe que siguieron siendo colonias, al igual que las Guayanas.

El séptimo período expresa la consolidación de la formación social capitalista primaria-exportadora (1860 -1890). El octavo se abre con un cambio significativo en el carácter de la dependencia al producirse la enajenación de gran parte de las riquezas nacionales y de la soberanía de nuestros países. Por eso, lo hemos denominado formación semicolonial I en los inicios de la fase imperialista (1890 - 1930). El noveno es la formación social semicolonial II (de 1930 en adelante), en el que se pasa, bajo el imperio del capital monopólico internacional, de la sociedad rural a la urbana-industrial y al agravamiento de la crisis ecológica. Paralelamente se inicia históricamente una nueva fase con el período de transición al socialismo, abierto con la Revolución cubana.

NOTAS

¹ JOSE BALBINO LEON: “*La crisis científica del siglo XX y sus repercusiones en América latina*”, ponencia al II Encuentro de Intelectuales Latinoamericanos, La Habana, diciembre 1985, pp.4 y 5.

² GEORGES CANGUILHEM: *El conocimiento de la vida*, Ed. Anagrama, Madrid, 1976, p.101.

³ JOHN D. BERNAL: *Historia social de la ciencia*, Barcelona, 1974, t.I, p.373.

⁴ Ibid. T. I, pp.425 y 437.

⁵ RIGOBERTO LANZ: *El marxismo no es una ciencia*, UCV, Caracas, 1980, pp.38 y 184.

⁶ ANTONIO GARCÍA: *Hacia una teoría latinoamericana de las ciencias sociales del desarrollo*, E d. La Rana y el Aguila, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, Tunja, 1972, p. 31

⁷ ANGUAR ABDEL-MALEK: *La dialéctica social*, Ed. Siglo XXI, México, 1972, p.46.

⁸ J. NEEDHAM: *Le dialogue entre L' Europe et l'Asie*, Paris, 1968.

⁹ G. MYRDAL: *teoría economía y regiones subdesarrolladas*, Ed. FCE, México, 1959, p.115.

¹⁰ JEAN CHESNEAUX: Ponencia al coloquio “*sur les recherches des instituts francais de sciences humaines en Asie*”, Paris, 1960

-
- ¹¹ E.H.CARR decía: "estas cuestiones de clasificación me turban menos, y no me preocupa demasiado que se me asegure que la historia no es una ciencia" (*¿Qué es la historia?*, Ariel, sudamericana-Planeta, Buenos Aires, 1984,p.75)
- ¹² No existe un "modo de producción" de conocimientos análogo a los modos de producción que objetivamente se han dado en la historia.
- ¹³ PERY ANDERSON: *Teoría, política e historia*, E d. Siglo XXI, Madrid, 1985, p. 83.
- ¹⁴ SERGIO BAGU: *Tiempo, realidad social y conocimiento*, Ed. Siglo XXI, novena edición, México, 1982, p. 116.
- ¹⁵ CIRO CARDOSO y HECTOR PEREZ-BRIGNOLI: "Dependencia y metodología de la historia en América latina", en *Los estudios históricos en América latina*. ADHILAC, Quito, 1984,p. 39
- ¹⁶ LUCIEN GOLDMANN: *Las ciencias humanas y la filosofía*, Ed Nueva Visión, Buenos Aires, 1975, p. 19.
- ¹⁷ PIERRE VILAR: *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Ed. Crítica, Grijalbo, Barcelona, 1982, p. 42
- ¹⁸ Citado por VERE GORDON CHILDE: *Teoría de la historia*, Ed. La Pléyade, Buenos Aires, 1983, p. 132.
- ¹⁹ MARC BLOCH: *Annales d' Histoire Economique et Sociale*, París, 1935, p. 16
- ²⁰ LUCIEN FEBVRE: *Combates por la historia*, Ed. Ariel, Barcelona, 1970,p. 16.
- ²¹ JOSEP FONTANA LAZARO: "Ascenso y decadencia de la Escuela de los Annales", en E. BALIBAR; A. BARCELO y otros: *Hacia una nueva Historia*, Ed. Akal, Madrid, 1976,pp. 114 y 115.
- ²² MANUEL MORENO FRAGINALS: *La nueva historia cubana*, citado por J. Fontana: *Historia, análisis del pasado y proyecto social*, Ed. Crítica, Grijalbo, Barcelona, 1982,p. 223.
- ²³ C. MARX Y F. ENGELS: "Sur les sociétés Précapitalistes", en *Textos escogidos*, Ed. Sociales, París, 1970, p. 351
- ²⁴ C. MARX Y F. ENGELS: *Epistolarios*, E d. Grijalbo, México, 1971,p. 75.
- ²⁵ V.I. LENIN: "Nuestra Revolución", en *Obras completas*, t. XXXIII, p. 439, E d Cartago, Buenos Aires, 1969.
- ²⁶ LESZEK NOWAK: "La idealización: una reconstrucción de las ideas de Marx", en E. BALIBAR y otros: *Teoría de la Historia*, Ed. Terra Nova, México, 1981,p. 211.
- ²⁷ ADAM SCHAFF: *Historia y verdad*, E d. Grijalbo, México, 1974,p. 304.
- ²⁸ VERE GORDON CHILDE: *Teoría*, op. Cit., p.135
- ²⁹ IBID., p.103.
- ³⁰ IBID,p. 109.
- ³¹ FUSTEL DE COULANGES: *Questions historiques*, Ed. Hachette, París, 1893.
- ³² WRIGHT MILLS: *La imaginación sociológica*, FCE, México, 1961.
- ³³ JOSE LUIS ROMERO: *La vida histórica*, Sudamericana, Buenos Aires, 1988.
- ³⁴ HENRI BERR y LUCIEN FEBVRE: "History and historiography", en *Enciclopedia of social sciences*, Nueva York, 1952, t. VII
- ³⁵ V. I. LENIN : El contenido económico del populismo, en *Obras completas*,1, 67 y 366, Ed, francesa, París, 1964.
- ³⁶ cuando parecía haberse superado la clasificación tradicional de la historia latinoamericana en periodos que sólo tomaron en cuenta los cambios en la superestructura política, Gino Germani propone en su libro *Política y sociedad en una época de transición* seis etapas: independencia, guerras civiles, caudillismo y anarquía, autocracias unificadas, democracias representativas con participación "limitada" u "oligárquica", democracias representativas con participación ampliada y democracias representativas con participación total, periodización que soslaya los verdaderos cambios cualitativos de las formaciones sociales de América latina, además de ser controvertible e insuficiente en la propia esfera política.